

LORENZO HERVÁS Y EL LENGUAJE DE LOS SORDOS

Ángel Alonso-Cortés

Universidad Complutense de Madrid

alonso cortés en filol ucm es

Durante siglos las personas sordomudas han sido consideradas como disminuidas y privadas de las capacidades mentales que poseen las personas que hablan y oyen. Este prejuicio está tan arraigado que algunos idiomas designan con la misma palabra “tonto” y “mudo”. Así, la palabra inglesa *dumb* denota tanto la persona que carece de inteligencia como la que carece de habla. En alemán, la palabra *dumm*, que significa tonto, está relacionada con *stumm*, que significa sordomudo; y la palabra española *bobo* viene de la palabra latina *balbus*, que significa tartamudo.

Esta imagen de las personas sordomudas empezó a transformarse gracias al esfuerzo de algunos religiosos españoles, que desde el siglo XVI se empeñaron en la difícil tarea de enseñar el idioma vocal a los sordomudos. El primero de ellos fue el benedictino Pedro Ponce de León, nacido en el pueblo leonés de Sahagún a principios del siglo XVI. Ponce de León consiguió enseñar a hablar y a leer a varios sordos del monasterio de Oña. Fray Pedro inventó un alfabeto manual que permitía a los sordomudos deletrear los sonidos con los dedos. Aunque no nos ha llegado la obra escrita donde Fray Pedro debió de revelar el método empleado para sus logros en la enseñanza de los sordomudos, aquél parece que fue conocido por otros pedagogos posteriores, como Juan Pablo Bonet y Ramirez de Carrión, que continuaron, al parecer, el proyecto del benedictino.

Los métodos de Ponce de León y la continuidad que tuvo su obra constituyen el núcleo de lo que el jesuita Lorenzo Hervás (1735-1809) llamó “escuela española de sordomudos”. Los logros de esta escuela acabaron, por razones que ha explicado en un libro reciente Susan Plann, de la Universidad de California en Los Angeles, inspirando los

métodos pedagógicos de la enseñanza para sordomudos de ingleses, franceses y alemanes. Así, las ideas de la escuela española fueron recogidas por el matemático inglés John Wallis, autor de la *Grammatica linguae anglicanae*, publicada en Oxford en 1653.

Un siglo después el abate francés Michel de l'Épée, que dedicó su vida a la educación de los sordomudos en Francia, publica en 1784 *La véritable manière d' instruire les sourds et muets*, donde reconoce como precursor de sus métodos a Bonet. Una década más tarde, en 1794, Lorenzo Hervás, jesuita expulso y enemigo acérrimo de la revolución francesa, que vivió muchos años en Italia, publica en Madrid su obra en dos volúmenes *Escuela española de sordomudos*.

En esta obra se propone esencialmente dos objetivos. El primero es situar en su justo lugar la obra de los españoles que inventaron y desarrollaron los métodos para la educación de los sordomudos, asentando inequívocamente que aquéllos tienen su origen en España, con Ponce de León y Bonet. El segundo objetivo, que distingue a Hervás como adelantado a la moderna lingüística de signos es la demostración de que el lenguaje de signos de los sordomudos es un lenguaje humano entre otros, como el español, el ruso o el chino. Este propósito sobrepasaba las ideas que los enciclopedistas y filósofos franceses como Condillac y Diderot tenían sobre el lenguaje de signos.

Para llevar a cabo la demostración de que el lenguaje de signos y el lenguaje verbal son equivalentes, Hervás aprovecha sus enormes conocimientos de las lenguas del mundo. Hervás empezaba a ser conocido en Europa como el autor de una obra enciclopédica publicada en Italia llamada *Idea dell' universo*, en 21 tomos. Los cinco últimos tomos de esta enciclopedia se ocupan principalmente de la clasificación de las lenguas del mundo, de su estructura, y de su diversidad. Las ideas lingüísticas de Hervás influyeron en el alemán Wilhem von Humboldt, que es considerado como el creador de la lingüística moderna.

Hervás empleó para la clasificación de las lenguas un criterio comparativo, que fue el preludeo al método comparativo forjado unos años más tarde por los alemanes Grimm, Bopp y Schleicher, el cual dio origen a la lingüística científica. El orientalista alemán Max Müller, que enseñó en Oxford, en sus *Lectures on the Science of Language*, de 1861, afirmó que Hervás fue el primero en señalar que la afinidad entre lenguas tiene que ser determinada por la estructura gramatical y no por el mero parecido entre las palabras.

Cuando hubo concluido su enciclopedia en 1787, Hervás puso su atención en la

educación de los sordomudos. No cabe duda de que el interés de Hervás en los sordomudos no era sólo pedagógico, sino también científico. Hervás, que tenía un interés especial en las lenguas, no podía desinteresarse por una lengua tan sorprendente como la de los signos manuales. Y aquí es donde el jesuita hace su aportación más original al afirmar explícitamente que los sordomudos tienen ideas gramaticales. Entiende Hervás por ideas gramaticales las categorías gramaticales como nombre y verbo. Estas ideas, afirma Hervás, las tienen los sordos como representaciones mentales, y ello es lo que constituye la gramática de los sordomudos. Esta, prosigue Hervás, es totalmente mental, pues los sordomudos tienen mente como los hablantes. Con esta afirmación, Hervás se coloca en la avanzadilla del mentalismo lingüístico, que es hoy la actitud dominante en la lingüística teórica.

Pero lo más sorprendente es el camino que conduce a Hervás a la afirmación de que el lenguaje de signos de los sordos (LS) es una forma entre otras del lenguaje humano. Este camino es el de la comparación transidiomática de las lenguas existentes con el lenguaje de signos. Esta comparación la lleva a cabo en su libro *Escuela española de sordomudos*. En ella Hervás ofrece argumentos empíricos para demostrar la equivalencia entre un LS y un lenguaje verbal (LV). Es cierto, dice el jesuita, que los LV como el español y el alemán tienen nombres que manifiestan el género gramatical (masculino, femenino, neutro) y el caso (nominativo, acusativo, dativo), mientras que un LS carece de marcas de género y caso. Esta carencia, arguye, no rebaja a un LS, pues hay LV donde no existe diferencia de género gramatical, como el inglés. Los casos gramaticales, una categoría fundamental en los LV, son la expresión de la relación que tiene el verbo con sus argumentos (el agente y el paciente). En la frase Pedro golpea a Pablo, el paciente es marcado con la preposición a ; en latín esa frase adquiere la forma Petrus Paulum percussit, y el agente y el paciente están marcado para el nominativo (-us) y el acusativo (-m) respectivamente. En un LS los casos se expresan mediante el orden en que se producen los signos manuales: primero el agente, después el verbo, y a continuación el paciente.

El artículo (*el, la, un, una*) es otra categoría que aparece en los LV, en particular en las lenguas europeas. Hervás observa en Roma un LS que carece de artículo. Esta carencia, dice, tampoco disminuye al LS. Muchos idiomas carecen de artículo, como ocurre en la mayor parte de las lenguas americanas, asiáticas y africanas. El verbo *ser*, que tiene un papel fundamental en el desarrollo de la filosofía occidental, está ausente en el LS que

observa Hervás. Pero la naturaleza de los idiomas, afirma el jesuita, tampoco pide algún verbo sustantivo. Falta este verbo en casi todas las lenguas de la familia americana. En fin, otras categorías de los LV europeos, apunta Hervás, como la voz pasiva, faltan en los LS. El estudio transidiomático revela que la voz pasiva falta en chino y groenlandés.

No se puede afirmar, concluye Hervás, que un LS sea inferior a un LV. Uno y otro son formas equivalentes del lenguaje humano. Esta idea es hoy aceptada por lingüistas, psicólogos y pedagogos, aunque la opinión popular todavía la desconoce. Hervás llega a esta conclusión por el análisis transidiomático. Hay, además, una causa de la que procede esa equivalencia de lenguas: tanto el LV como el LS están presentes en un organismo que posee mente o representaciones mentales que albergan las ideas gramaticales; esta forma de albergar en la mente ideas gramaticales constituye ya una saber lingüístico; o expresado en términos de la lingüística contemporánea, oyentes y sordomudos disponen de una competencia gramatical. Pues el lenguaje humano, dice Hervás, no se define sólo por estar constituido por símbolos arbitrarios, sino por ser la declaración exterior de los actos mentales. Si sólo fuera el carácter simbólico lo que define al lenguaje humano, los pájaros que cantan podrían tener lenguaje. Si no lo tienen, afirma el jesuita, es porque los pájaros no tienen mente.

La comparación transidiomática y la observación del LS llevan a Hervás a la afirmación de que el lenguaje muestra en su estructura (o su “artificio”) una variedad y complejidad extraordinarias. Por eso, concluye Hervás, las lenguas no pueden ser invención humana. El LS es natural al hombre, mientras que el LV no es resultado de una convención artificial. Por tanto, una y otra forma de lenguaje le vienen dadas al hombre. Hervás, que vive en una época que desconoce aún a Darwin, atribuye esta propiedad de la especie humana a la infusión divina. Esta es la particular manera en que un religioso predarwinista afirma que el lenguaje es una disposición natural de los humanos.

La suerte que tuvieron las ideas de Hervás sobre el lenguaje de signos fue adversa. Fueron olvidadas en España y desconocidas en Europa. Pero hoy debemos reconocer que en esta obra Hervás se adelantó en casi dos siglos a la moderna lingüística de los signos manuales, que ha demostrado la equivalencia del lenguaje signado y el lenguaje verbal de los que oyen. Debemos esperar que en un futuro los idiomas que en su vocabulario asocian el significado de tonto y sordomudo la eliminen, porque no se corresponde con la realidad.